

# ALREDEDOR DEL MUNDO

REVISTA ILUSTRADA DIRIGIDA POR WANDERER



LA BELLA, DEL TIZIANO

# ALREDEDOR DEL MUNDO

Director: WANDERER

Año I

14 Diciembre 1899

Número 28

## DE ORÁN Á BEL-ABBES

*Cantos moros. — El caid y la malagueña. — El himno de Riego en la iglesia*

La «corte chica», como llamaban á Orán en tiempos de la dominación española, por lo mucho que allí se divertían los nobles desterrados, nos entretuvo dos ó tres días. Después, llenos de ilusiones que no habían de salir fallidas, fortuna rara tratándose de viajes, emprendimos el camino del Sur, para internarnos en Argelia.

Nuestra primera etapa era Sidi-Bel-Abbes. La segunda, Tremecén.

Huyendo del aburrimiento del camino y sedientos de estudiar de cerca á los moros, nos metimos en un coche de tercera lleno de ellos. El intérprete de nuestro hotel no salía de su asombro y de su indignación.

—Los señores no saben lo que van á hacer. Aquí ninguna persona chic viaja con los moros.

No le hicimos caso y acertamos.

Los árabes conocieron de seguida que no éramos franceses y nos mostraron la mayor consideración. Iba entre ellos un hadjí, un peregrino regresado hacia poco de la Meca, á quien sus compañeros de viaje parecían respetar mucho. Nos hicimos amigos suyos, y casi á las primeras frases nos dijo:

—Ustedes no son franceses; son ustedes demasiado corteses.

Cuando él y los demás moros supieron que éramos españoles, crecieron las manifestaciones de simpatía, sobre todo hacia mí, por mi calidad de andaluz.

Nosotros también somos andaluces —decían muchos de ellos, orgullosos de descender de los moriscos bárbaramente expulsados de España.

Calmóse la sensación producida por nuestra presencia. Avanzaba la tarde y el crepúsculo principiaba á invadir el vagón. Un moro entonó una canción melancólica; imitóle otro haciéndole dúo, y luego todos se les unieron. Unas veces parecían gallegadas los aires que cantaban con voz gangosa, cual si quisieran imitar las notas de la gaita; otras,



NIÑA ARGELINA

variaban de ritmo y sus cantos recordaban á las seguidillas gitanas; y por último entonaron verdaderas serranas, pero sin las variantes á que tanta afición muestran los cantores andaluces.

Los vagones eran de corredor, como los llamados «coches valencianos» en la línea del Norte de España, y cuando nos cansaba la música ó deseábamos respirar aire más puro, nos salíamos á la plataforma. El paisaje era bellissimo. La niebla empezaba á trepar, formando blancas guedejas, por las laderas de los montes de Orán, que íbamos dejando á la espalda; y el sol poniente iluminaba con sus resplandores rojizos las aguas del lago Misserghui tranquilas como un espejo y por encima de las cuales revoloteaban millares de aves acuáticas con la agitación que en ellas precede á la hora del descanso.

\*

Hace cincuenta y cinco años Bel-Abbes no era más que un reducto para mantener á raya á las tribus levantiscas de la vecindad. Hoy tiene 26,000 habitantes, de los cuales 15,000 son españoles y 4,000 judíos, y sirve de cuartel general á la Legión Extranjera, una de las organizaciones militares más extraordinarias que hay en el mundo y de cuyo curiosísimo reclutamiento me ocuparé debidamente. La ciudad forma un rectángulo amurallado al que

atravesan dos bulevares que se cortan formando cruz, con una puerta á cada extremo de las aspas de ésta. Fuera están los barrios español y árabe, lo cual no quiere decir que dentro del recinto murado no vivan los españoles y los moros ricos.

\*

Uno de nuestros primeros amigos fué allí Muley Ali Kaznadar, caid de los árabes de los alrededores de Bel-Abbes y concejal por la población indígena



LA CALLE PRINCIPAL DE BEL-ARBRES

Estaba casado con una malagueña de familia excelente, hermana de un oficial de nuestro ejército, y cifraba su orgullo mayor en sus papeles de familia, algunos de los cuales se remontaban á 400 años de fecha, y que le acreditaban de modo indudable como descendiente de una de las familias nobles que acompañaron á Boabdil en la emigración.

Intimamos con él mientras nos enseñaba á dominar las insuperables dificultades de pronunciación de las palabras árabes más necesarias y de la profesión de fe mahometana. Bajo su dictado repetimos centenares de veces el *Alá ill' Alá, Mojamed Ras ill' Alá* (creo que así se dice), ó sea el «Dios es Dios y Mahoma es su Profeta», y tomando confianza nos atrevimos á preguntarle acerca de su romántica boda.

— En vez de preguntarle, vayan ustedes á su casa; está picado porque no han visitado ustedes todavía á su señora — nos dijeron algunos amigos españoles.

De sorpresa abrimos unos ojos como platos. ¡Visitar á una mora! Nos cercioramos bien de personas formales, para convencernos de que no éramos víctimas de una broma, y fuimos.

Nos abrió la puerta una criada mora; después de alguna espera y de cuchicheos misteriosos entramos en un patio, nos hicieron subir una escalera y pasamos á una sala amueblada en estilo más europeo que oriental, y uno de cuyos testers ocupaba un magnífico piano. Escuchamos pasos, nos volvimos llenos de intensa curiosidad, y un momento después saludábamos con profunda reverencia á una señora de bondadoso rostro, vestida á la europea, y á una joven hermosísima cuyo traje revelaba á primera vista el corte de un buen *faiscur* parisiense; eran la señora y la hija de Muley Alí Kaznadar.

La hija tocaba el piano de un modo maravilloso, y nos hizo oír porción de piezas de música morunas... y las últimas composiciones de Chueca y de Chapf. Estaba casada con un comerciante moro, joven, guapo y rico, el cual, aunque celoso, la dejaba salir á la calle algunas veces; de soltera frecuentaba el teatro, vestida á la europea, y era muy admirada, y con razón.

La madre era, como he dicho, una malagueña. Ardiámos en deseos de interrogarla, pero nos contenía el miedo de ser indiscretos.

— ¡Qué raro, una española casada con un moro! ¿Cómo se arregla usted con las otras mujeres? — insinuó uno de nosotros.

Entonces fué á ella á quien tocó la vez de abrir ojos llenos de asombro.

Y nos reveló que era muy feliz, que su marido era un santo, que la había permitido conservar su religión cristiana y hasta salir á la calle, y que es muy raro el árabe que tiene más de una mujer.

— Únicamente los sultanes, los bajaes y los moros muy poderosos se permiten el lujo de tener harém — nos decía. — Pero, por regla general, los mahometanos se han convencido de que lo mejor en la tierra es tener una sola mujer, y aguardan á ir al Paraíso para probar eso de la poligamia.

¡Desencanto tremendo para los muchos miles de cristianos que se pasan la vida lamentando no haber nacido moros!

No se crea, por la libertad que daba á las mujeres de su casa, que Muley-Alí era un mal creyente de su fe. Estábamos una tarde sentados en la terraza de un café, cuando pasó un árabe bien vestido, cuya chilaba acudían otros á besar con reverencia.

— ¿Quién es? — preguntamos á Muley.

— Uno que hace el tonto dándosele de morabito



FAMILIA DE TRIBU CERCANA Á BEL-ARBRES

## EN LA PLAZA



para recoger limosnas y vivir sin trabajar. Yo soy más creyente y más moro que todos esos — nos contestó con acento de desprecio.

Y, en efecto, Muley-Ali había obligado á su hija á ser mora y á casarse con un mahometano, aun cuando no la faltaron pretendientes cristianos de buena posición. Era hombre de notable prestigio sobre suyos y ajenos, y condecorado con la Legión de Honor, honra que los franceses no prodigan á los árabes.

Pocos días después de nuestra visita á su casa nos obsequió con un almuerzo y una fiesta campes- tre en uno de los montes de su jurisdicción. Concu- rrieron los moros principales de las cercanías y fué suceso nada fácil de olvidar y que describiré en otro artículo.

\*

Los españoles predominan en Bel-Abbes más to- davía que en Orán.

Hay Plaza de Toros, en la que han toreado el Gallo, Lesaca y Lagartijillo; un café flamenco no- tabilísimo; porción de establecimientos, entre ellos el Café Montserrat, que no se cierra en toda la no- che, porque en Bel-Abbes se vive de noche, lo mis- mo que en Madrid, lo cual prueba que allí estamos en mayoría los españoles; y en la colonia de com- patriotas nuestros hay gente rica como los Clau- din, muy españoles á pesar de su apellido francés, y Torres, Girona, Salas, Cerdán, Navarro, etc.

Por todas partes se ven españoles: hasta en el campanario de la iglesia.

Hay en él un juego de campanas muy notable, combinado para tocar piezas de música; lo maneja un español, y los domingos da un verdadero con- cierto que remata siempre con la Marcha Real es- pañola, precedida por el himno de Riego.

WANDERER.